



28 diciembre del 2025

HOMILIA ARZOBISPO, CARDENAL ÁNGEL ROSSI SJ EN LA MISA DE CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR

Revalorización de la familia

Reconocer la familia es reconocer que hay cuestiones fundamentales para el desarrollo de los individuos que se juegan en ella y que otras instancias difícilmente pueden suplir.

En la familia se viven las primeras experiencias de la vida y se configura la forma personal de situarse ante el mundo. Todo lo que venga después podrá modificar o enriquecer esas experiencias fundantes, pero cuando han sido negativas, resultan muy difíciles de superar.

La familia es escuela de valores. No tanto por una formación teórica y sistemática, sino porque constituye un **laboratorio práctico en el que aprendemos a vivir y a convivir de una forma natural.**

La familia es también un gimnasio donde se desarrollan las habilidades sociales básicas de la solidaridad: la capacidad de acogida, el respeto por el diferente, la ayuda mutua, la comunicación sincera, las manifestaciones afectivas y el perdón.

Y viendo la entrega de los padres por los hijos, encontramos la realidad humana que mejor puede iniciarnos en la experiencia de la gratuidad: dar sin medida, amar sin condiciones.

Hace algunos años viajaba yo a España, y delante mío una señora conversaba con otra y le decía: —Me voy a Alemania a ver a Carlos, el hijo. Está allá desde el año pasado... Está muy bien... porque, por otro lado, ¿qué podemos darles nosotros a estos chicos?

Yo no le dije nada —reconozco mi cobardía—, me la tragué, pero me quedó quemando la respuesta que en aquel momento callé:

¿Qué podemos darles nosotros? Podemos darles calor de hogar, una familia unida, la dignidad y la honestidad del trabajo, la ternura de los abuelos, la maravilla de la amistad, los gestos de solidaridad, el testimonio de una fe vivida en serio. ¡Casi nada, ¿no?!

¿Qué se fue a buscar el hijo? ¿Lo encontró realmente? Y aun siendo benévolo y suponiendo que eso que fue a buscar realmente lo encontró, me pregunto si “lo encontrado” vale más que “lo sacrificado”.

En fin, preguntarnos si mi familia es un sacramento, un signo del amor de Dios para el mundo, o si se ha convertido simplemente en una especie de convivencia provisional, una especie de contrato de trabajo, un pacto de no agresión... triste. ¿Signo de amor o simple pensión tres estrellas, con techo y comida? ¿Hay puentes tendidos entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre hermanos, entre familiares?

Los papás exigen a los hijos unidad y ellos no se hablan con sus hermanos... y lo que es más triste, por un terrenito o un ropero de la abuela.

(Leyenda de los dos hermanos).

Familia que dialoga



Signo del gozo y de la apertura es la capacidad de diálogo.

Los no diálogos con los hijos, entre hermanos y en la pareja: matrimonios que pasan años sin hablar cosas significativas.

Los buenos padres conversan, los padres brillantes dialogan (Augusto Cury).

Entre conversar y dialogar hay un gran valle. Conversar es hablar sobre el mundo que nos rodea; dialogar es hablar sobre el mundo que somos. Es contar experiencias, es secretar lo que está oculto en el corazón.

Debemos reunirnos regularmente y darles libertad para que puedan hablar de sí mismos, de sus preocupaciones y de las dificultades de relación con los hermanos y con nosotros, sus padres. Si los padres nunca les contaron sus sueños más importantes, y tampoco oyeron de ellos sus mayores alegrías y sus decepciones más fuertes, conformarán un grupo de extraños y no una familia.

Tenga el valor de hablar sobre los días más lindos y más tristes de su vida con sus hijos. Tenga la osadía de contar sus dificultades en el pasado. Hable de sus aventuras, de sus sueños y de los momentos más alegres de su existencia. Humanícese.

Muchos padres trabajan para darles el mundo a sus hijos, pero se olvidan de abrir el libro de su vida ante ellos.

Abrazar, besar y hablar espontáneamente con los hijos cultiva la afectividad, rompe los lazos de la soledad.

.....

Nada influye más en cualquier individuo —incluso adulto— que aquello que nos llega de las personas que son afectivamente más importantes para nosotros, especialmente si se dirigen a nosotros con el testimonio de sus vidas.

De hecho, quiera o no, toda familia educa de algún modo, aunque no sea con sus mensajes explícitos, sino con su manera de vivir. Lo que genera los vínculos inconscientes no es sólo lo que usted les dice, sino también lo que ellos ven en usted.

Juan XXIII decía:

“Desde que salí de casa he leído muchos libros y aprendido muchas cosas que ustedes no podían enseñarme. Pero lo poco que aprendí de ustedes en casa es ahora lo más precioso e importante que sostiene y da vida y calor a las demás cosas aprendidas después de tantos años de estudio y enseñanza. De ustedes aprendí a confiar en el Señor, a conservar la paz del corazón, a buscar el lado bueno de la gente y de las cosas, a obrar con paciencia y a hacer el bien a todos y nunca el mal”.

Sembradores y no controladores

La familia y la sociedad han cambiado mucho; por eso educar no se trata de que los adultos den a los más jóvenes el plano detallado de lo que tienen que hacer, sino que los adiestren en las virtudes de la exploración y la supervivencia, para que afronten con imaginación la aventura de la vida, con unos cuantos criterios básicos que ayuden a orientarse en la selva de estímulos, valores y propuestas que es nuestra sociedad.



Los padres brillantes son sembradores de ideas y no controladores de sus hijos. Ellos siembran en el suelo de su inteligencia y esperan que un día sus semillas germinen.

“No les dejo mi libertad, sino mis alas”
(Gloria Inés Arias de Sánchez a sus hijos)

“Les dejo a mis hijos no cien cosechas de trigo
sino un rincón en la montaña, con tierra negra y fértil,
un puñado de semillas y unas manos fuertes labradas en el barro y en el viento.

No les dejo el fuego ya prendido
sino señalado el camino que lleva al bosque y el atajo a la mina de carbón.

No les dejo el agua servida en los cántaros,
sino un pozo de ladrillo, una laguna cercana,
y unas nubes que a veces llueven.

No les dejo el refugio del domingo en la Iglesia,
sino el vuelo de mil palomas, y el derecho a buscar en el cielo,
en los montes y en los ríos abiertos.

No les dejo un mapa del mundo, ni siquiera un mapa del pueblo,
sino el firmamento habitado por estrellas,

No les dejo un fusil con doce balas,
sino un corazón, que además del beso sabe gritar.
No les dejo lo que pude encontrar,
sino la ilusión de lo que siempre quise alcanzar.

No les dejo escritas las protestas, sino inscritas las heridas.
No les dejo mi libertad sino mis alas.

No les dejo mis voces ni mis canciones,
sino una voz viva y fuerte, que nadie nunca puede callar.

Y que ellos escriban sus versos,
Como los escribe la madrugada cuando se acaba la noche.
Que escriban ellos sus versos;
por algo, no les dejo mi libertad sino mis alas...”

CLAUSURA DEL JUBILEO

Francisco sintetizó el objeto del Jubileo:

“Quitarnos las cenizas de la costumbre y del desentendimiento, para convertirnos, como los portadores de la antorcha en las Olimpiadas, en portadores de la llama del Espíritu”.

El jubileo no es un tiempo que pasó, sino una puerta que se cruzó y que tiene que hacerse vida, un modo de proceder. Lo que fue puerta ahora es camino a transitar. El Jubileo ha sido una invitación a redescubrir la alegría del encuentro con el Señor, un llamado a la renovación espiritual y a comprometernos en la transformación del mundo.

Renovar la conciencia de que tenemos el don y la tarea de llevar esperanza allí donde se ha perdido: donde la vida está herida, en las expectativas traicionadas, en los sueños rotos, en los fracasos que destruyen el corazón; en el cansancio de quien no puede más, en la soledad amarga de quien se siente derrotado, en el sufrimiento que devasta el alma; en los días largos y vacíos de los presos, en las habitaciones estrechas y frías de los pobres, en los lugares profanados por la guerra y la violencia. Llevar esperanza allí, sembrar esperanza allí.



El Jubileo se abrió para que a todos les sea dada la esperanza: la esperanza del Evangelio, la esperanza del amor, la esperanza del perdón para todos. Fieles a ello, en nuestra diócesis hemos celebrado durante este año el Jubileo de los sacerdotes, de la familia, de la vida consagrada, de los catequistas, de los adultos mayores, de los políticos, de los periodistas, de las fuerzas de seguridad, de la justicia, de los jóvenes, de los migrantes, de los discapacitados, de los movimientos sociales.

Conscientes de que no hay ningún espacio, ningún ámbito en el que la esperanza no tenga su sitio preferencial y su exigencia.

Que el Jubileo se cierre en tiempo de Navidad es providencial, porque nos invita a volver al pesebre, a contemplarlo, a mirar la ternura de Dios que se manifiesta en el rostro del Niño Jesús, y preguntarnos:

“¿Tenemos esta expectativa en nuestro corazón? ¿Tenemos esta esperanza en nuestro corazón?”

Contemplando la bondad de Dios, que vence nuestra desconfianza y nuestros miedos, pedimos:
“Que la esperanza ilumine nuestro camino de cada día” (cf. C. M. Martini, Homilía de Navidad, 1980).